

Colombia: Elecciones y crisis política

Morales, Alberto

INTRODUCCIÓN

Este año más de 13 millones de colombianos de ambos sexos podrán concurrir a las urnas en todo el país. El 26 de febrero, para elegir Representantes y Senadores a las Cámaras, y en junio para designar al hombre que regirá los destinos de la nación durante cuatro años. Con toda seguridad, solamente cumplirán con el derecho al voto, que actualmente se le reconoce a los mayores de 18 años, un 40 por ciento, o en el mejor de los casos, un 45 por ciento del total de la población con capacidad para votar.

Según datos estimativos de la CEPAL (enero de 1977), Colombia tiene en la actualidad una población de 25,8 millones de habitantes, ocupando, así, el segundo lugar en América del Sur por su número de habitantes después de Brasil, y el tercer lugar en América Latina después de Brasil y México. La población colombiana crece actualmente a un ritmo entre el 2,45 y el 2,55 por ciento, y es relativamente muy joven su composición por edades. El 25 por ciento de todos los colombianos no pasa de los 8 años de edad, el 75 por ciento no supera los 33 años, y la mitad de la población es menor de 17 años. Solamente el 13,4 por ciento es mayor de 45 años.

Este conglomerado humano se distribuye en 1.141.748 kilómetros cuadrados que constituyen el territorio nacional, y se concentran preferentemente en las grandes ciudades o en las cabeceras municipales, lo que da un índice de urbanización del 60,97 por ciento, viviendo el resto de la población en las áreas rurales.

Teniendo en cuenta esta realidad demográfica del país, podemos pasar al análisis de la particular coyuntura política que debe afrontar el pueblo colombiano este año.

1. EL PROCESO HISTÓRICO - POLÍTICO

Para poder enmarcar las elecciones que se desarrollarán en Colombia este año en su justo lugar dentro de la perspectiva histórica general, es conveniente hacer una

breve descripción de las principales coyunturas políticas ocurridas antes y después del Frente Nacional.

1.1. LA HEGEMONIA LIBERAL (1930-1946)

Con el triunfo de Olaya Herrera (1930-1934), el partido liberal asume el gobierno y se pone fin a cuarenta y cuatro años de hegemonía conservadora. Desde mediados de la década del veinte, el país estaba viviendo una etapa de grandes cambios económicos y de profundas convulsiones sociales, expresadas, estas últimas, fundamentalmente por las huelgas obreras de las zonas bananeras y petroleras. Este descontento generalizado, que tiene como telón de fondo a la crisis del 29, va a ser capitalizado por el partido liberal.

Pero más que Olaya, fue López Pumarejo (1934-1938), quien con su "Revolución en marcha", va a adaptar el aparato estatal y la legislación económica a la nueva realidad surgida en Colombia.

Con López Pumarejo la burguesía industrial busca mejorar su situación de fuerza frente a los sectores terratenientes, para lo cual se apoya en la pequeña burguesía y en el proletariado.

El liberalismo pasa, entonces, a expresar los intereses de esa burguesía y de la pequeña burguesía, mientras que con su política reformista se enajena el apoyo de los terratenientes tradicionales.

La política emprendida por este gobierno marcó la fisonomía del liberalismo por muchos años y le permitió captar, en el plano social, al movimiento inconforme generado por la crisis. Esta captación fue realizada principalmente a través de modificaciones constitucionales y legales que encuadraron la nueva problemática dentro de un marco jurídico. La pieza clave de este proceso de institucionalización y adaptación del Estado a la nueva realidad, fue la reforma constitucional del 36, que la oposición conservadora tildó de "bolchevique", y que no fue más que un retoque a la Constitución del 86 en lo referente al derecho de propiedad privada autorizando al Estado para intervenir en la empresa pública o privada "con el fin de racionalizar la producción, distribución y consumo", además se facultó al Estado para intervenir en los conflictos obrero-patronales. El aspecto laicizante de la reforma se concretó en el plano religioso en la supresión de la cláusula de la Constitución anterior que establecía que la religión católica era la de la Nación y en

eliminar la exención de impuestos para los bienes eclesiásticos, además de sustituir el concepto de "tolerancia" religiosa, por el de "libertad" de cultos.

Para poder implantar todas estas medidas de modernización del país para el mejor funcionamiento del capital, el liberalismo logró concitar el apoyo popular y el de las organizaciones de izquierda, las que enmarcando su accionar en la política del "Frente Popular", se lanzaron a las calles en apoyo del "gobierno revolucionario liberal".

Los gobiernos liberales, en particular el de López Pumarejo, en abierta oposición a la política conservadora, trataron de controlar y constituir a las centrales sindicales en su base de sustentación. Es así, que en 1936 se crea la Confederación de Trabajadores de Colombia (C.T.C.) con la participación de liberales y comunistas. Hay que anotar que el Partido Comunista fue fundado oficialmente en 1930, y que es la única formación política distinta del liberalismo y el conservatismo que perdura hasta hoy.

El partido liberal estaba lejos de ser una fuerza política homogénea y al fin del periodo de López se desata la lucha por las candidaturas, imponiéndose la de Eduardo Santos, propietario del influyente diario "El Tiempo". El gobierno de Santos (1938-1942) tuvo como objetivo principal la pausa y consolidación de las "aceleradas conquistas revolucionarias" logradas en la anterior administración, y la división del fuerte movimiento sindical, favoreciendo en esta lucha a los sectores sindicales de orientación liberal.

En 1942, con gran apoyo popular, fue elegido nuevamente López Pumarejo, quien en este gobierno va a dar un viraje en relación con su anterior política y se va a caracterizar por el quietismo y su vinculación directa con el gran capital. Este viraje de López deja al descubierto y muestra claramente la alianza de industriales y terratenientes, con miras a la capitalización de la gran propiedad territorial y a la represión de los sectores medios. Los gobiernos de Ospina, primero, y de Laureano Gómez, después, consolidarán definitivamente esta alianza. La ofensiva de las clases dominantes se define desde 1943. Se trata, en síntesis, de dismantelar lo que queda de éste estado "árbitro social" y destruir los sindicatos y las demás organizaciones populares.

La oposición más violenta durante estos diez y seis años de hegemonía liberal, estuvo encarnada en el partido conservador, sus aliados de la jerarquía católica, grupos fascistas afines al conservatismo y el ala derecha del partido liberal, además

de la poderosa Federación Nacional de Cafeteros. Durante todo este periodo el partido conservador está acaudillado por Laureano Gómez, admirador de Franco y de los grupos de choque falangistas, quien desde 1930 decretó la abstención de los conservadores, quienes no participan en las elecciones a presidente de los años 34 y 38.

Al acercarse la fecha de las nuevas elecciones el partido liberal se divide y se presenta a la contienda electoral con dos candidatos, Turbay y Gaitán. Este último, impulsando un programa democrático, había logrado recoger el apoyo de vastos sectores de clase media y trabajadores mediante la movilización social. Gaitán representa la irrupción de la pequeña burguesía en la escena política tomándose el partido liberal y dislocando, así, la hegemonía de la burguesía en ese partido. Ante la división liberal, el candidato conservador, Mariano Ospina (1946-1952), sube a la presidencia en condición minoritaria. Su triunfo es un triunfo precario, pues la oposición liberal controla el parlamento. Ante esta realidad se pone en práctica una política sistemática, copiada del falangismo español, para el exterminio de los liberales. Se implanta, entonces, desde el gobierno una acción terrorista encaminada a destruir los cuadros dirigentes y los contingentes electorales de la oposición. Para tal fin se crea la policía política, que recluta sus miembros entre el lumpen de la sociedad.

1.2. LA VIOLENCIA (1946-1958)

En vísperas de la Conferencia Panamericana de la O.E.A., cae asesinado en plena calle el ahora jefe único del partido liberal, Jorge Eliécer Gaitán. Tras la muerte del caudillo popular ocurren multitudinarias manifestaciones en las principales ciudades del país, con particular intensidad en Bogotá. El 9 de abril provoca una situación profundamente crítica, pero efímera: en varios lugares, llegan hasta conformarse Juntas Cívicas que asumen momentáneamente el poder local, pero que no logran consolidarse en forma estable, se decreta la huelga general, pero la burguesía, mediante las hábiles negociaciones de Carlos Lleras, la neutraliza.

Si bien el 9 de abril es un fenómeno fundamentalmente urbano, es el detonante de la "violencia" que se va a extender por todo el país. Sus consecuencias se trasladan rápidamente al campo, donde se llegan a forjar expresiones políticas de masas, que como las guerrillas, van a adquirir un carácter permanente.

La Violencia es aquella guerra civil latente que asoló a Colombia durante más de diez años dejando un saldo de 200.000 vidas segadas, en la cual se enfrentaron por

una parte, diversos sectores de la pequeña burguesía - algunos de los cuales se apoyaron en Gaitán y el partido liberal - contra la burguesía y los terratenientes, quienes, coligados se amparan en el partido conservador y utilizan el aparato estatal para establecer un régimen de terror que les permita frenar las exigencias democráticas de los sectores populares. Por otra parte, se vieron enfrentadas entre sí distintas capas del campesinado, alineadas en bandas opuestas, en lo que se presentó como una lucha partidista, y que más bien fueron producto de una industrialización rápida y el comienzo de la gran agricultura capitalista en el campo. A partir de 1947 se intensifica la represión contra los sindicatos, al punto tal que al año siguiente, la mayor parte de ellos son destruidos, y los que quedan dejan de tener un papel autónomo. Esta escalada antigremial se completa cuando se establece oficialmente el paralelismo sindical, creando la Unión de Trabajadores Colombianos (U.T.C.), dirigida y organizada por elementos especializados del clero católico y el gobierno. Esta ofensiva contra el sindicalismo independiente, fue llevada a cabo en forma conjunta por conservadores y liberales. De esta manera el eje de la lucha se traslada al campo.

Todo este proceso de dislocación de la sociedad colombiana crea un divorcio entre el campo social y el campo político. Si bien es cierto que los dos partidos tradicionales, en su lucha por el gobierno, canalizan una gran parte de la movilización social, dejan - como bien destaca el investigador francés D. Pecaut un **residuo social** fluctuante, que se caracteriza por la ausencia de una expresión política propia y por la desorganización, pero que tiene un componente explosivo muy grande como se demostró el 9 de abril, y más recientemente en el paro del 14 de septiembre.

Este divorcio entre el campo social y el político se produce a partir de la debilidad que adquiere en este período el poder del Estado. Esta debilidad del Estado colombiano, más que producto de la lucha de los dos partidos históricos, es el efecto de la política económica y social de las clases dominantes en una coyuntura de gran prosperidad económica, que durará hasta 1955. Una vez asegurada la protección necesaria a los sectores de la producción existentes las clases dominantes no tienen necesidad de una intervención estatal protectora y logran retornar a un liberalismo económico de tipo manchesteriano. Esta disolución progresiva del poder del Estado, deja en manos de las corporaciones privadas y regionales las funciones y espacios no cubiertos por la acción estatal. La Federación Nacional de Cafeteros se convierte, entonces, en la columna vertebral de esta política económica liberal, ella ofrece también el modelo de un sistema de

dominación institucionalizado de tipo privado¹. Una de las consecuencias más visibles de la violencia va a ser la fragmentación y privatización, no sólo de las funciones económicas del Estado, sino también de sus funciones represivas. La guerra civil desencadenada en 1948 logra poner en crisis la hegemonía burguesa, ante lo cual los dirigentes políticos de los dos partidos tradicionales optan por cesar sus hostilidades y se vuelcan conjuntamente contra la amenaza que representa el movimiento de masas desarrollado al calor de la "violencia". Para esto deben renunciar momentáneamente al ejercicio directo del poder y llamar a los militares para que lo ejerzan. Rojas Pinilla será el encargado de restablecer, con su gobierno de "Paz, justicia y Libertad", la hegemonía burguesa temporalmente cuestionada. Llama a las guerrillas a deponer las armas y ofrece amnistiar a los alzados, ante lo cual gran parte del movimiento guerrillero liberal accede. No aceptan esta propuesta aquellos sectores en donde se desarrolló una conciencia política más profunda y en donde se planteaba claramente el carácter clasista de la lucha.

Con Rojas Pinilla en la presidencia (1953-1957) se llenó el vacío político que habían dejado los partidos, pero en cuanto éste trató de sobrepasar los límites de mediador que le tenían fijado, e intentó afianzarse en el poder, los líderes políticos de las dos colectividades tradicionales lo derrocan. Asume entonces el gobierno una Junta Militar de cinco miembros, nombrada por el mismo Rojas, cuya única función será la de convocar a elecciones que devuelvan el poder a los partidos tradicionales.

1.3. EL FRENTE NACIONAL (1958-1974)

En las postrimerías del gobierno de Rojas Pinilla, cuando éste manifiesta claramente sus deseos de perpetuarse en el poder hasta 1962 y crearse bases autónomas de sustentación, es que se crea el Frente Civil, con el objeto de derrocarlo. Este frente amplio de las distintas fracciones de la burguesía, avanza más allá de sus planteos iniciales y se constituye en la base del intento para estabilizar y prolongar indefinidamente la hegemonía del bipartidismo. En julio de

¹Fundada en 1927 como una agremiación de productores, Federacafé, ha experimentado profundos cambios que la han convertido en el núcleo de un poderoso grupo de capital, que maneja a su arbitrio recursos del orden de los 20.000 millones de pesos al año (1 dólar - \$36,50), recursos que son bruto de impuestos, gabelas y privilegios cedidos por el Estado a una agremiación particular como es la Federación. Controlada por los grandes productores, agrupa a miles de pequeños y medianos productores, lo que le da un considerable peso político. Sus actividades se extienden a los más diversos campos: comercio (Café Colombia en Buenos Aires, Artesanías de Colombia), finanzas (Banco Cafetero), transportes (Flota Mercante Grancolombiana), siderúrgica (Acerías Paz del Río), etc.

1956 Alberto Lleras viaja a Benidorm, España, para reunirse con Laureano Gómez, responsable directo de la muerte de miles de liberales. De esta reunión surgió la Declaración de Benidorm, que estableció las bases para superar los conflictos interpartidarios, para luchar por el retorno del régimen constitucional y para crear las condiciones de un gobierno civil bipartidista en términos de igualdad representativa. Con los acuerdos firmados en Sitges, un año después, se daría sustento constitucional al Frente Nacional. Lo novedoso de estos acuerdos, es que no fueron pactos temporales, sino que van a ser llevados a la Constitución.

La Junta de Gobierno, y como consecuencia directa de los pactos firmados por los dos partidos, convoca a un plebiscito nacional para reformar la Constitución para el 10 de diciembre de 1957. Mediante esta reforma introducida en la Constitución se eliminó en el país el régimen pluralista, creándose un sistema de repartos de puestos del aparato estatal en forma paritaria. Con esta solución política, los ideólogos del Frente Nacional pretendían estabilizar indefinidamente la hegemonía de la coalición bipartidista, ante la imposibilidad de resolver el problema de la hegemonía política mediante el enfrentamiento directo y con el objeto de garantizar la estabilidad política al régimen burgués, ante el ascenso de las luchas populares. Además se buscaba restaurar el "profesionalismo" de las fuerzas armadas y su prestigio, para que volvieran a ser un efectivo sostén del sistema.

Al eliminarse la competencia entre liberales y conservadores. La lucha se trasladó al interior de los partidos pasando a adquirir la lucha de facciones un desarrollo y una virulencia protuberantes. El acuerdo bipartidista acentuó las divisiones internas de los partidos y más aún, ayudó a crear otras. Ahora, bien, la falta de competencia política desde 1958 en adelante debilitó los lazos partidistas y al estar más o menos predeterminados los resultados, el electorado ha respondido con desinterés, apatía e inclusive insatisfacción hacia el sistema. Toda esta masa de insatisfechos y descontentos, desde 1964 en adelante va a ser encauzada por la Alianza Nacional y Popular (ANAP0) acaudillada por el gral. Rojas Pinilla, quien se convierte, de esta manera, en el principal opositor al Frente Nacional. El voto por la ANAP0, más que expresar una identificación con su programa difusamente populista, expresa la oposición al sistema de coalición y al monopolio del poder por parte de los dos partidos tradicionales.

En las elecciones presidenciales de 1970, el bipartidismo como sistema de dominación, es cuestionado profundamente.

El real triunfo de la ANAPO hace tambalear este ajustado mecanismo de relojería, y pone en evidencia claramente que el partido conservador es minoritario ante su contendor liberal, y que éste, a su vez, es minoritario en el país. En efecto, el partido liberal no representa más que el 24,76% del total de la población con capacidad de votar durante la vigencia del Frente Nacional, lo que no le permite constituirse en un sólido partido de gobierno hegemónico al estilo del PRI mexicano.²

El cuadro que reproducimos a continuación, nos da los porcentajes de la votación de los dos partidos en las elecciones realizadas durante el Frente Nacional, del cual surge claramente, habida cuenta de la abstención, el carácter "mayoritario" del partido liberal, en relación al conservador.³

Frente a esta realidad cuantitativa, que cuestiona los fundamentos mismos del bipartidismo y crea una crisis de legitimidad, el sistema en su conjunto hace un replanteo de la cuestión y comienza, a partir de la Reforma Constitucional de 1968, durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), a realizarse un desmonte del régimen representativo burgués, encubierto con un desmonte formal del Frente Nacional. La tendencia general indica que se busca fortalecer al ejecutivo, mantener la paridad de los dos partidos tradicionales en la rama ejecutiva y en la administración pública en general, incluyendo a "la Corte Suprema de Justicia y el Consejo de Estado que serán paritarios", según lo establece el artículo 12 del plebiscito de 1957, que no es tocado por la reforma del 68, ni por el actual proyecto constituyente de López.

En síntesis - como señala E. Pizarro⁴ "podemos señalar dos procesos: de una parte la tendencia a conservar la paridad política en aquellos centros de poder, el ejecutivo a todos sus niveles y la rama jurisdiccional (militarizada mediante la Constituyente), que pasan a comandar las palancas centrales del poder del Estado. Y, de otra parte, a mantener la ficción del pluralismo político y la democracia representativa en los cuerpos colegiados desprovistos a partir del 68 y con ayuda de la constituyente, de todos los oropeles del poder político".

²Cuadro tomado de la Revista "Alternativa", No. 145/77.

³Cuadro tomado de la Revista "Alternativa", No. 145/77.

⁴Pizarro, E.: "Del Frente Nacional al Frente Nacional...", en: Revista Alternativa No. 145/77.

1.4. ELECCIONES Y PARTICIPACION ELECTORAL

El sistema electoral colombiano, en su aspecto más general, se puede caracterizar dentro del contexto de la democracia representativa, pero vale la pena ver las particularidades del mismo y el comportamiento del pueblo colombiano frente a las elecciones, por lo menos en los últimos cuarenta años, para poder comprender la peculiaridad de este complejo sistema electoral, que pese a sus limitaciones, sigue siendo un instrumento válido de poder para las distintas fracciones de las clases dominantes.

Entre 1935 y 1953, según los datos proporcionados por el DANE, los volúmenes de votación para presidente son mayores que para la Cámara de Representantes, en cambio durante el Frente Nacional ocurre lo contrario. La explicación a esto se encuentra en que durante estos dos períodos las elecciones para presidente y para la Cámara, respectivamente, eran decisorias. Las otras eran simples ratificaciones de una decisión tomada con anterioridad al acto eleccionario. En 1957, cuando se aprobó el Plebiscito, se da la tasa más alta de votación en la historia de Colombia (68,8%), porcentaje que nunca más se volverá a alcanzar, siendo la tendencia durante el Frente Nacional a la disminución del índice de votantes. En términos generales, la baja participación electoral no es un fenómeno exclusivo de la etapa frentista, sino que es una constante histórica del país, y la prueba de ello es que desde 1930, sólo en 1946, 1957 y 1974, la votación ha logrado porcentajes relativamente altos, debido, en estos casos, a cambios importantes en el sistema político. Lo dicho se ilustra con el siguiente cuadro, que expresa los porcentajes de participación electoral, de los cuales se puede deducir el índice de abstenciones.⁵

Durante el período frentista, sólo un 43% de la población mayor de 21 años ha votado en promedio, acentuándose la abstención en los centros urbanos. Este fenómeno halla su explicación en la perduración y plena vigencia del sistema de caciques políticos en las áreas rurales, que a través de prebendas, trabajo o simplemente a través del terror, logran el voto del campesinado, cosa que es más difícil de lograr en las grandes ciudades, donde los vínculos patriarcales están rotos y en donde la prédica de izquierda y sindical ha erosionado el tradicional clientelismo colombiano. Este, igualmente, sigue teniendo su feudo entre los empleados del Estado, que en muchos casos debe su estabilidad laboral al triunfo o derrota de determinado político de los partidos tradicionales. La abstención ha sido, en última instancia, beneficiosa para el Frente Nacional, ya que los

⁵Ungar Bleier y Gómez de Martínez: Aspectos de la campaña presidencial de 1974. Estrategias y resultados, ANIF, Bogotá 1977, pág. 63.

inconformes con el sistema no tradujeron su descontento político en expresiones políticas o sociales, salvo en las elecciones del 70, y más recientemente en el paro cívico del 14 de septiembre, que se convierten en hitos de las luchas populares, pero no se gana, ni en continuidad de la lucha, ni en organización de la misma.

A todo esto hay que agregar que el desarrollo de la economía colombiana, la estructura de la sociedad, el fenómeno de la marginalidad de un amplio sector de la población - que ni siquiera cuenta con la cédula de ciudadanía, documento indispensable para poder votar - han privado a muchos colombianos del deseo o la posibilidad de participar efectiva o independientemente en el proceso electoral.

Para completar esta sección, reproducimos a continuación un cuadro general de las votaciones logradas por los partidos liberal, conservador y ANAPO durante la vigencia del Frente Nacional. El promedio de votos en este período es: liberales 51,2%, conservadores 35,3%, y ANAPO 17,6%. Además se incluyen, en el citado cuadro, los datos de las elecciones presidenciales de 1946, que sirven de base para comparar la participación electoral antes del período de coalición

2. PANORAMA ECONÓMICO-SOCIAL

2.1. LA ECONOMÍA

1977, que por razón de los altos precios del café en el mercado mundial debió ser el mejor año de la historia económica de Colombia, presencié alzas sin precedentes del costo de la vida, lento crecimiento de la producción y aumento del desempleo, tres fenómenos negativos que conjuntamente determinaron la continuación del desmejoramiento general de las condiciones económicas de la población, en particular de los sectores más pobres de la población.

Hace 10 años la libra de café tenía un precio promedio en Nueva York de 41,9 cts. de dólar, en 1972, fue de 56,6 cts. En este año que pasó, el precio del café llegó a la astronómica cifra de US\$3,28 la libra, el triple de lo que valía a mediados de 1976, a raíz de una helada que destruyó buena parte de la cosecha brasileña. Desde fines del año pasado el precio internacional comenzó a declinar, cotizándose actualmente a US\$ 2.14 (14.1.78). Parece probable que este año el precio del café se establezca en los 2 dólares por libra. La bonanza cafetera, aunada al auge inusitado de las exportaciones clandestinas de drogas, esmeraldas y otros productos, trajo una avalancha de divisas al país que resultó en un desbordamiento en los medios

de pago y en un aumento sin precedentes en el costo de la vida. La inflación se presenta, así, como el rasgo más característico del año económico y como el punto de referencia obligado para las negociaciones entre patronos, sindicatos y gobierno.

Según las últimas cifras del DANE, 1977 cerró con una inflación del 29,3%. El cuadro que reproducimos a continuación nos da la evaluación del índice del costo de la vida en los últimos 8 años.

Históricamente durante los años de elección presidencial se ha presentado un desbordamiento del gasto público y de la oferta monetaria, la razón es sencilla: El gobierno saliente tiene que financiar una mínima parte de las promesas de los candidatos del sistema bipartidista, así como parte de la propia maquinaria electoral, total que habrá que emitir; por su parte, los trabajadores tendrán que prepararse para resistir la nueva andanada inflacionaria.

Una de las consecuencias más graves de la inflación, desde luego, es la declinación del salario real y su consecuencia lógica: el desmejoramiento de las condiciones de vida del pueblo colombiano.

La "canasta familiar", que considera los artículos necesarios apenas para la subsistencia biológica, aumentó de valor en 1977, para obreros, \$1.539 (31%) y para empleados \$2.572 (28,5%). Entre tanto el salario mínimo subió únicamente \$ 480.00, que corresponde a un incremento del 25,8%, así se continuó con la tendencia de los últimos siete años, en cuanto a la disminución en la cantidad de alimentos y servicios que pueden comprar con sus sueldos los obreros y empleados colombianos.

El valor de la canasta familiar, según el DANE, para obreros aumentó de \$ 4.963.00 que costaba en enero del 77, a \$ 6.502.00 en diciembre. Para empleados la variación fue de \$ 9.026.00 a \$ 11.600 en el mismo lapso. Es decir, que el salario de los obreros debió aumentar 128 pesos mensuales, y el de los empleados en \$ 214.00 para mantener la misma capacidad de compras que a comienzos del año. Teniendo en cuenta que el 70% de la población económicamente activa gana menos de \$ 3.000.00 mensuales, el ya crónico déficit alimenticio de los colombianos aumentará.

Este amargo panorama se completa con la alta tasa de desempleo conjunto para las siete principales ciudades colombianas: Bogotá, Barranquilla, Medellín, Cali, Bucaramanga, Pasto y Manizales, que conforme a las encuestas de ANIF-COL-

DATOS, nos da las siguientes tasas de desempleo y número de desocupados para las 7 ciudades ya indicadas:

Este balance, de por sí preocupante, se ve agravado por los miles de hombres semiocupados o de ocupación encubierta, que no son contemplados en estas estadísticas.

El aspecto positivo para el gobierno en este año económico estuvo dado por el aumento de las reservas internacionales de divisas. Hasta el 5 de diciembre el incremento fue de 603 millones de dólares, llevando el total de las reservas de país a la cifra más alta de su historia.

Debemos agregar, para completar esta breve síntesis económica, que el producto bruto interno, según cálculos aproximativos y no oficiales, aumentó en un poco más del 5%, cifra semejante a la del año 76.

Lo paradójico y contradictorio del año que terminó es que se presentó una "bonanza" que ha empobrecido a la mayoría de los colombianos, si tenemos en cuenta que para este año el precio internacional del café ya ha bajado, el panorama no se presenta muy optimista para los sectores de más bajos ingresos del país.⁶

2.2. EL MOVIMIENTO OBRERO Y LAS LUCHAS SINDICALES

La unidad de las cuatro centrales obreras, el paro cívico del 14 de septiembre, las huelgas en cementos, petroleros y maestros, fueron, sin lugar a dudas, los acontecimientos más significativos de este año en el panorama sindical. Panorama en el que sobresalen aún el atraso organizativo y los esfuerzos aislados por superar los conflictos. Sin embargo, son evidentes los progresos en la cohesión y difusión de los conflictos obrero-patronales y en el incremento de una tendencia hacia la unidad de acción, como respuesta a la dispersión en que se han venido dando las luchas sindicales. Es de gran utilidad para comprender la dinámica del movimiento sindical, estudiar, aunque sea brevemente, las diferencias ideológicas entre las cuatro centrales.

La C.T.C. y la U.T.C. han sido identificadas como de tendencia liberal y conservadora, respectivamente. Esta identificación, que en un principio, tuvo validez, actualmente no resulta tan clara, aunque efectivamente, el grueso de los dirigentes de esas dos centrales responden a esos lineamientos. Lo importante, más

que el color político de alguno de sus dirigentes, es la unidad de objetivos de estas centrales. Tanto la C.T.C., como la U.T.C., han adoptado una política de negociación directa con los empresarios alrededor de problemas estrictamente económicos, considerando a los obreros y patronos como "socios" en la tarea común de la producción.

Con respecto a la Confederación General de Trabajadores (C.G.T.) y la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (C.S.T.C.), ambas se declaran inspiradas en el marxismo y en la lucha de clases, pero la C.G.T. intenta elaborar un tercer camino basado en la autogestión democrática de la economía, mientras que la C.S.T.C. es una creación directa del partido comunista y, por supuesto, responde a los lineamientos políticos de ese partido.

Conocidas a grandes rasgos las diferencias que separan a las centrales, es importante destacar los efectivos sindicales con que cuenta cada una de ellas. Lamentablemente no hay datos enteramente fidedignos, ni sobre la totalidad, ni sobre la distribución de los sindicatos entre las cuatro centrales. Cálculos de diversa procedencia indican que el número de trabajadores sindicalizados es aproximadamente de 1.200.000 para 1974⁷, cifra que representa, aproximadamente, el 16 ó 17% de la población económica activa del país. Según estudios bien fundados, la tasa decrecimiento de la población sindicalizada es del 5,5% anual. Hechas estas aclaraciones y considerando como correcta la cifra sobre obreros agremiados indicada más arriba, tenemos que la repartición entre las centrales se estima en las siguientes proporciones: U.T.C., 40-45%; C.T.C., 20-25 por ciento; C.G.T., 5-10 por ciento; C.S.T.C. 20-25%; independientes, 10-20 por ciento. Sobra decir que ningún vocero de las centrales acepta estos cálculos y que todos le atribuyen porcentajes más altos a sus respectivas organizaciones⁸.

Dentro de las distintas ramas de la producción hay evidentemente una gran desproporción en la tasa de sindicalización. Como es comprensible, la concentración más grande se presenta en la industria, donde, sin embargo, no llega a cubrir el 50 por ciento de los trabajadores; en la agricultura, según datos estimativos de Jaime Tenjo, es solo del 7%. Así mismo hay sectores donde, en término muy breve, se ha producido una sindicalización muy alta. El ejemplo más notable es el de los empleados bancarios.

⁷Tenjo, Jaime: Aspectos cuantitativos del movimiento sindical colombiano. Cuadernos Colombianos No. 5, Año II, primer trimestre de 1975. En este mismo trabajo Tenjo tabula, según datos del Ministerio de Trabajo, 3.893 sindicatos de primer grado, de los cuales el 49,8% son de base, el 39% gremiales, el 10,2% de industria y el 1% de oficios varios.

⁸Datos dados a publicidad recientemente por un vocero de la C.S.T.C. da las siguientes cifras de sindicalización, para una fuerza laboral de aproximadamente nueve millones el índice de

Todos los datos más o menos imparciales señalan la proporción relativamente baja del sindicalismo organizado dentro del conjunto de la fuerza laboral. Pero asimismo cabe observar que, fuera de la agricultura, todos los sectores claves de la economía están sindicalizados, y que al mismo tiempo es muy comprensible la ausencia de organizaciones permanentes en sectores como el comercio y la pequeña industria.

Hechas estas breves aclaraciones sobre el movimiento sindical colombiano, corresponde analizar el más importante hecho político del año, y que tuvo como protagonista al movimiento obrero. El paro cívico nacional, propuesto por la C.S.T.C. desde el 1° de mayo, fue el resultado de pliegos presentados por las centrales obreras al gobierno ante el gran alza en el costo de la vida, del fracaso de la política de diálogo en el Consejo de Salarios y de la constitución de un Comando Nacional Sindical, como respuesta a la falta de solución a los dos primeros ítems. En este comando quedaron representados los secretarios de las cuatro centrales y sus decisiones se toman unitariamente sobre la base del respeto mutuo a las diferencias políticas que separan a estas confederaciones. En cualquier caso, el paro del 14 de septiembre, pese a la irregular respuesta que hubo en el conjunto del país, pese a que fue más cívico que estrictamente laboral, constituyó una gran experiencia, en cuanto confirmó la importancia del paro cívico como forma de lucha idónea, más cuando las organizaciones barriales y comunales se articulan con los obreros en la lucha, lo que demuestra que la consigna lanzada por el movimiento obrero organizado de "paro cívico contra la carestía" fue correcta. Si bien la reacción popular se caracterizó por una espontaneidad que desbordó a los organizadores⁹, en ningún momento se debe subestimar la existencia de un intenso trabajo previo de preparación, que en gran parte corrió por cuenta del partido Comunista, M.O.I.R, Unión Revolucionaria Socialista, Bloque Socialista y otros sectores de oposición al gobierno. Fue, igualmente notable, el papel que desempeñó en el paro la parálisis del transporte.

agremiación sería más o menos del 18% al 20%, repartidos en cinco sectores: UTC, CTC, CSTC, CGT y el llamado sindicalismo independiente por no pertenecer a ninguna de las centrales. La central mayoritaria es la UTC con cerca de 800.000 afiliados repartidos en 927 sindicatos y 20 federaciones departamentales, con influencia en la metalurgia, estatales y textiles, principalmente. La segunda es la CSTC con unos 400.000 afiliados, 10 federaciones departamentales, con influencia en cementos, textiles, cervezas, metalurgia, transporte y organizaciones campesinas. La CTC afilia 300.000 trabajadores y está ahora dividida en las fuerzas del ejecutivo y las del Comité de Reestructuración que agrupa a 11 de sus 17 federaciones y cinco grandes sindicatos nacionales. La CGT tiene 57 sindicatos y cinco federaciones con cerca de 120.000 afiliados. El sindicalismo independiente cuenta con cerca de 200.000 afiliados y en él están Fecode, Fedepetrol, Fenasintrap y los bancarios.

⁹La virulencia que adquirió el paro, sobre todo en los barrios del sur de Bogotá, obligó al gobierno a decretar el toque de queda a partir de las ocho de la noche y durante dos días. En los distintos enfrentamientos entre manifestantes y tropas del ejército, se deben lamentar 33 muertes entre los primeros.

Vale la pena recordar que este es el primer paro de alcance nacional que se realiza en Colombia - a excepción hecha del paro cívico-patronal que derrocó a Rojas Pinilla -, y que es la primera vez, también, que las cuatro centrales sindicales realizan una acción conjunta. Es innegable que el 14 de septiembre los sindicatos hicieron sentir su fuerza dentro de la vida nacional, pero a las cuatro centrales se les podría aplicar, lo que decía el investigador Daniel Pecaut¹⁰ acerca de la UTC: "su fuerza proviene menos de su capacidad de constituirse en movimiento político que de servir como catalizador en la crisis del régimen".

A modo de síntesis podemos suscribir las palabras de H. Gómez, quien en un artículo de la revista "Coyuntura", extrae las siguientes conclusiones: "el sindicalismo colombiano se está moviendo hacia una cobertura más amplia, hacia una acción más concertada y hacia una mayor politización".

3. LA COYUNTURA POLITICA Y LAS ELECCIONES

Todos los analistas políticos coinciden en señalar que 1978 será un año crucial para Colombia, y no se requieren dotes de adivino para llegar a tal conclusión, basta con echar un vistazo a los hechos que se anuncian para este año, para que la conclusión sea compartida por todos los sectores que conforman la sociedad colombiana.

Este año estará signado por una elección presidencial, que presenta las siguientes características: un partido Conservador dividido en dos corrientes irreconciliables, pero con candidato único, que despliega una habilísima estrategia de poder que depende en lo básico de lo que pase dentro del partido Liberal, igualmente dividido, cuya posibilidad de unión en torno a un candidato único depende del cumplimiento de las cláusulas del llamado "Consenso de San Carlos"¹¹, al que muchos no le auguran mayor futuro. El enfrentamiento liberal-conservador tiene en estos momentos implicancias de nuevo tipo, pues finaliza el acuerdo, con la administración López, que constituyó el Frente Nacional y desaparece la paridad

¹⁰Pecaut, D.: Política y sindicalismo en Colombia, Ed. La Carreta, Bogotá, 1973.

¹¹El Consenso de San Carlos es un acuerdo político firmado por los principales jefes de las distintas corrientes internas en que se halla dividido el partido liberal y el presidente López. Por este acuerdo se decidió que la escogencia del candidato a presidente, en lugar de ser designado, como era tradicional, por la Convención del partido, con lo cual Turbay, seguramente, hubiera salido electo, se separaran las elecciones para representantes a las corporaciones públicas y las de presidente. De esta manera, la lista liberal que obtenga mayoría de votos en las elecciones de febrero, es la que asigna el candidato a presidente. Una vez designado este candidato, todas las demás fracciones liberales lo deben apoyar. Para poder cumplir con esta cláusula del consenso se debió modificar la ley electoral vigente, que contemplaba elecciones únicas para representantes y presidente. Para introducir estos cambios a la ley electoral la bancada liberal en la Cámara de Representantes y Senadores contó con el apoyo del grupo "alvarista" del partido Conservador.

administrativa (salvo en la Corte Suprema y en Consejo de Estado), con lo cual los partidos vuelven a la situación que tenían en 1946, es decir, lo que la gran prensa denomina "el libre juego democrático". Esto explica el resurgimiento en la campaña electoral de los brotes de sectarismo y la virulencia de los ataques personales que recuerdan épocas que se creían superadas. Será además un año de Constituyente. Sobre esta Constituyente es poco lo que se sabe, pero lo seguro es que el próximo presidente tendrá que lidiar con un Congreso Constituyente paralelo, integrado por notables, cuyas tareas y objetivos pocos conocen.

Esta confusión pre-electoral reinante entre los partidos tradicionales, que, pese a todo, son los que mantienen la iniciativa política, sumado a una descomposición social acelerada, panorama cafetero nada promisorio, psicosis de inseguridad entre las capas medias y altas, carencia de una alternativa política viable por parte de los partidos de izquierda, que concurren a las elecciones fragmentados en tres candidatos distintos, malestar y fricciones en el seno de las Fuerzas Armadas, son algunos de los factores a tener en cuenta para el análisis de la realidad colombiana.

El diario "Le Monde" en su edición del 30 de noviembre, refiriéndose al panorama electoral del país manifestaba que "existe un contraste entre los agudos problemas que confronta la nación y la intrascendencia de las tesis tratadas por los candidatos", de cualquier manera, el rumbo político que tome el país en el futuro inmediato depende del resultado electoral entre las distintas fracciones de los partidos tradicionales, que como se dice más arriba, son los que tienen la posibilidad real de conformar el próximo gobierno.

Teniendo presente este hecho incontrastable, pasemos al análisis más detallado de los candidatos, programas y apoyaturas que animan a las diferentes fuerzas políticas que se enfrentan en la próxima contienda electoral.

3.1. LOS CANDIDATOS Y LOS PARTIDOS

3.1.1. El Partido Liberal

Como se ha visto el partido Liberal concurre a las elecciones de febrero con tres listas de candidatos distintas a las corporaciones públicas, teóricamente y de acuerdo al Consenso de San Carlos, la lista que obtenga mayoría de votos impone su candidato. Según este razonamiento sólo hay que esperar hasta el 26 de febrero para que el panorama de las candidaturas dentro del liberalismo se clarifique y luego de esa fecha todo el partido volcaría su fuerza en torno al candidato único para imponerlo como presidente en junio. La realidad es otra, ya que la división

liberal y el grado de los enfrentamientos es tal, que resulta muy difícil que se cumplan las cláusulas del Consenso, por lo menos en su totalidad.

De los tres candidatos, solo Carlos Lleras Restrepo y Julio César Turbay¹² tienen posibilidades reales de obtener la nominación por el partido, el tercero en discordia, Carlos Holmes Trujillo, caudillo del Valle busca con su candidatura y según propia confesión "evitar que a su movimiento se lo repartan a dentelladas entre las dos grandes corrientes del liberalismo", para evitar esto es que se presenta como tercera opción dentro del partido, para luego de febrero, negociar con la lista ganadora su apoyo. Esta táctica le permite a Holmes, dos cosas, primero, mantener su control sobre el aparato del partido en el Valle (en las últimas elecciones obtuvo en este departamento unos cien mil votos), y segundo promocionar su imagen a nivel nacional, con vistas a una probable candidatura nacional para 1982.

Con su slogan "el presidente para una época difícil", Carlos Lleras quiere presentarse ante la opinión pública como el hombre que por su larga experiencia en el manejo del Estado y por sus conocimientos, aunados a su proverbial energía, puede encaminar y moralizar al país y al partido. En cambio Turbay se presenta como "el candidato de las mayorías liberales" y "el candidato popular", incluso

¹²**CARLOS LLERAS RESTREPO.** En 1927 (a los 21 años de edad) vicepresidente de la Convención Nacional del Liberalismo. En 1931, Diputado a la Asamblea de Cundinamarca. En 1932, Secretario de Gobierno de Bogotá. En 1933, Diputado a la Asamblea de Cundinamarca, representante a la Cámara. Secretario de Gobierno de Cundinamarca. En 1935, presidente de la Cámara. En 1936-37, Contralor General de la República. En 1938-41, Ministro de Hacienda del gobierno de Eduardo Santos. En 1941, director de El Tiempo y Presidente de la Dirección Liberal Nacional. En 1942, Senador (reelegido desde entonces casi sin interrupción). En 1943, Ministro de Hacienda del segundo gobierno de López Pumarejo. En 1944 candidato a la Presidencia de la República. De 1945 en adelante, delegado asiduo a toda suerte de Conferencias internacionales, en particular Monetarias y de Comercio. De 1948 a 1966, miembro de la Dirección Liberal, con períodos como Jefe Unico del partido. En 1957, miembro del Comité Partidario de Reajuste Institucional. En 1960, Designado a la Presidencia. En 1966-70, Presidente de la República. Infinidad de veces concejal y diputado (cabeza nominal de todas las listas).

Ha sido abogado de múltiples empresas, nacionales y extranjeras. Gerente para Colombia de Celanese, presidente de la Junta Directiva del Banco Francés e Italiano (hoy Banco Franco-Colombiano) del cual es accionista. Asesor de la Renault durante su exilio en México (1952-54). Ha fundado los seminarios "Política y Algo Más" (1961) y "Nueva Frontera" (1975). **JULIO CESAR TURBAY AYALA.** En 1939 (a los 23 años) concejal de Engativá. En 1941-43, diputado a la Asamblea de Cundinamarca. En 1944-53, representante a la Cámara, de la cual fue presidente en 1946 y 1949. En 1957, Ministro de Minas de la Junta Militar. En 1958-59 Ministro de Relaciones Exteriores de Alberto Lleras. En 1961 (y luego en 1967-69) fue miembro de la delegación colombiana ante la ONU con rango de embajador. En 1962, Senador (reelegido constantemente desde entonces), varias veces presidente del Senado. En 1966, Designado a la Presidencia, y de nuevo en 1969, cuando ocupó la presidencia en reemplazo de Carlos Lleras, de viaje en E.U. En 1970, miembro de la Dirección Nacional del Liberalismo y luego Jefe Unico del Partido. En 1973-74, Embajador en Londres. En 1974-75 ocupó por dos veces la Presidencia de la República en reemplazo de López Michelsen. En 1975-76, embajador en los Estados Unidos.

En 1949 fundó el radioperiódico "Democracia", que dirigió hasta 1957.

llaga a parangonarse con Gaitán. De los dos precandidatos, sin lugar a dudas, quien controla la maquinaria del partido liberal es Turbay. Su control se extiende a la abrumadora mayoría de los parlamentarios, que son los encargados de juntar los votos, en operación que les interesa personalmente, pues en ella están en juego sus bancas. Los grandes electores de la Costa Atlántica, el Valle, el Tolima, Antioquía son turbayistas, lo mismo que el Cauca, Nariño, Caldas, los dos Santanderes, el Meta, Arauca, y Caquetá, departamentos todos controlados por los lugartenientes de Turbay. Es aquí donde aparece claramente la ventaja de Turbay, pues en las elecciones que se avecinan, después del gran desencanto dejado por el gobierno del "mandato claro", la abstención será sin duda muy grande y el resultado se jugará sobre los votos cautivos de los caciques regionales.

La manera como opera esta maquinaria, que en la jerga política colombiana se conoce como gamonalismo, es esquemáticamente la siguiente: existe un presupuesto nacional calculado en 135 mil millones de pesos para 1978, que es gastado por el gobierno central y los institutos descentralizados, y dos partidos que se reparten los puestos del aparato estatal, que son aproximadamente unos 900 mil empleos, distribuyendo de acuerdo con los intereses electorales de su grupo los dineros públicos. Este enorme poder es manipulado por las máquinas del partido liberal y del partido conservador, y dentro de estos dos partidos por los grupos "turbayistas" y "alvaristas" especialmente. De esta forma, a cambio de apoyo electoral, se reparten puestos públicos, recomendaciones, auxilios, donaciones, se negocian licitaciones, se construyen escuelas, centros hospitalarios, etc., constituyendo toda esta compleja trama de favores y prestaciones lo que más arriba llamamos gamonalismo o clientelismo.

Si bien el gobierno se comprometió a mantenerse neutral en la puja de candidaturas, es evidente la inclinación por Turbay, quien ha dado en todo momento muestras de apoyo a la gestión de López, a diferencia de Lleras que se ha convertido en un crítico implacable de los errores del gobierno, tratando con esta actitud de captar el voto de los descontentos e inconformes.

Como se ve, Lleras cuenta con pocos apoyos dentro del partido, básicamente lo siguen sus propios ex-ministros y figuras consulares del liberalismo, todas personalidades de gran prestigio intelectual pero que mueven pocos votos, además la actitud de Lleras con sus ataques al manzanillismo, al clientelismo y sus críticas a la corrupción política, terminó por enajenarse el apoyo de los cuadros profesionales del partido. Probablemente Lleras gane en las grandes ciudades

Bogotá, Medellín, pero esos resultados no son decisivos dentro del panorama electoral colombiano.

En el plano de los apoyos económicos, Turbay cuenta con una pequeña ventaja, ya que su candidatura despierta las simpatías de los grupos económicos más dinámicos y modernos. Es importante destacar que en Colombia existen siete grandes grupos económicos, que juntos y en sociedad con el capital extranjero manejan la economía nacional a su arbitrio. Los grandes cafeteros, los grupos Bogotá, Suramericana, Grancolombiano Santodomingo, Ardila-Lulle y la oligarquía agro-industrial del Valle del Cauca, controlan las 500 empresas más importantes del país junto a los monopolios internacionales Rockefeller, Morgan y First National City Bank. Definir concretamente qué grupo económico se mueve detrás de cada candidatura es extremadamente difícil, pues en general tratan de no malquistarse con ninguno de los candidatos con posibilidades reales de triunfo. Es evidente que existe una preferencia por Lleras dentro de los sectores de la vieja oligarquía, lo mismo que de los organismos de crédito internacionales (Banco Mundial, F.M.I., empresas multinacionales), que consideran al ex-presidente como más serio y seguro que Turbay. En cambio a este lo apoyan expresamente dos de los grupos económicos más importantes, Santodomingo y Gran-colombiano, el resto de los grupos enumerados no se han definido públicamente, pero muestran cierta simpatía por la aventura turbayista y rechazan la ordenada, pero esclerosada seguridad que les propone el llerismo. Sintomáticamente se están acercando a Lleras ciertos sectores tradicionalmente conservadores, como son los cafeteros del Viejo Caldas y los azucareros del Valle, que ven en él al candidato del orden y la estabilidad.

Entre los apoyos importantes con que cuenta Turbay, y que le significan la más acerba crítica por parte del llerismo, tenemos que computar el de la llamada "clase emergente", que son los sectores nuevos de la lumpenburguesía enriquecidos vertiginosamente a la sombra de las diversas bonanzas, del contrabando del café y alimentos, del tráfico de drogas, de las exportaciones ficticias, del tráfico de esmeraldas, de los peculados, etc. Estos sectores tienen como denominador común el deseo y la necesidad de legalizar su situación y entrar de lleno al seno de la burguesía, y encuentran en Turbay al agente más eficaz para sus proyectos.

Para completar el panorama de apoyos con que cuenta cada pre-candidato del partido liberal, debemos ofrecer un panorama de la política de los medios de comunicación de masa en torno a las candidaturas. En forma esquemática

podemos calificar a la prensa diaria como llerista y a la radio y televisión como mayoritariamente turbayista.

El Tiempo y El Espectador, los dos grandes diarios liberales de circulación nacional, con una tirada conjunta cercana a los 400 mil ejemplares, apoyan a Lleras. Por su influencia e importancia en la formación de opinión estos dos diarios constituyen el apoyo mas significativo con que cuenta Lleras. El resto de los periódicos liberales de provincias reparten sus preferencias entre los dos candidatos, pero se debe destacar que los más importantes y tradicionales prefieren a Lleras.

En cuanto a la radio, unos 5 millones de receptores, Caracol y Todelar, las cadenas más importantes con unas 150 emisoras en todo el país y una audiencia cercana al 60% del total, son favorables a la candidatura de Turbay. La mayoría de las emisoras locales de la Costa Atlántica, los territorios nacionales, los Llanos y Bogotá, son cerradamente turbayistas.

En la televisión, 1.5 millones de aparatos, Turbay domina los cinco espacios informativos de mayor audiencia, contando Lleras con un solo espacio de noticias a las 11.30 de la noche.

Este es a grandes rasgos el panorama general de los apoyos y posibilidades con que cuenta cada uno de los precandidatos liberales, pasemos ahora a ver que ocurre en las toldas del partido conservador.

3.1.2. El Partido Conservador

Este partido también se halla profundamente dividido en dos corrientes internas, la "alvarista", acaudillada por Alvaro Gómez Hurtado, y la "ospino-pastranista", encabezada por el ex-presidente Misael Pastrana Borrero y Doña Bertha de Ospina. Tiene la ventaja táctica de contar con un solo candidato a la presidencia, Belisario Betancur Cuartas. apoyado y proclamado por las respectivas convenciones de los dos grupos conservadores.

Como ya vimos el conservatismo es minoritario en relación al partido liberal, 35.3 por ciento de los votos durante el período que rigió el acuerdo del Frente Nacional. Esta realidad incontestable lleva a los estrategas del conservatismo a tratar de sacar ventaja del enfrentamiento dentro del partido liberal. Los deseos manifiestos de la dirigencia conservadora es que en las elecciones de febrero triunfen las listas turbayistas, previendo que el electorado llerista se vuelque en junio hacia el

candidato conservador. Este, a su vez, centra toda su campaña en presentarse como candidato nacional y no de partido, rehuendo todo compromiso que lo identifique con cualquiera de las dos corrientes internas de su partido que lo tienen como candidato. En síntesis, Belisario se quiere presentar como el candidato de la unidad nacional y no de un partido, incluso, habla de la constitución de un movimiento nacional suprapartidista. Paralelamente a esto, trata de canalizar, al igual que el llerismo, el voto de los descontentos, para lo cual sus seguidores lanzaron la consigna, que se repite intermitentemente por todas las radios del país "Belisario el candidato de los inconformes".

En sus pocas, hasta ahora, precisiones programáticas se ve claramente el deseo de no comprometerse con ningún sector, no solo político, sino también económico o social. La mayoría de las propuestas hechas públicas por Betancur son de este tenor: "erradicar la pobreza", "lograr un sano equilibrio en el comercio exterior", "recuperar la vocación agrícola del país", "sacar a Colombia del laberinto económico, social y moral en que se encuentra hundida", "promover el desarrollo industrial", "combatir la inflación", etc. Esta ambigüedad obligada de Belisario, hace que su candidatura no despierte en ningún sector social mucho entusiasmo, más bien se lo ve como una figura de reserva, que puede adquirir importancia después de febrero, según el desenlace que tenga el pleito liberal. Mientras tanto está tratando de constituir una base política propia, ya que su peso dentro del partido Conservador es muy endeble y se ve presionado por las dos corrientes del partido que lo proclamaron candidato único.

La otra posibilidad de un triunfo conservador está dada ante la eventualidad de que no se cumpla el Consenso de San Carlos y el partido Liberal concorra a las elecciones de junio con dos candidatos a la presidencia, entonces se podría producir, al igual que en 1946, el triunfo del candidato conservador. Esta posibilidad parece remota, pues el fantasma del 46 sigue obrando como aglutinante del partido Liberal.

En el plano económico, salvo los tradicionales apoyos conservadores, básicamente terratenientes, Betancur no ha ganado a ningún sector importante. Ninguno de los siete grandes grupos económicos se ha definido por él, e incluso alguno de los sectores con que siempre contó el partido conservador, como por ejemplo, los azucareros del Valle, se han definido por Lleras, pues la figura de Belisario les inspira poca confianza. Repetimos, que los reales apoyos y posibilidades de su candidatura se definen en los meses subsiguientes a febrero, de ahí su indefinición y su aperturismo. En estos momentos, lo más importante parece ser, crear una

imagen popular y no sectaria del candidato conservador para poderla instrumentar satisfactoriamente en el momento oportuno.

3.1.3 La Izquierda

La izquierda colombiana desaprovecho durante el año que terminó una oportunidad única para dar un importante salto, por lo menos cuantitativo, al no lograr presentar un frente unido para las próximas elecciones. No se logró la unidad por una multiplicidad de factores que no cabe analizar aquí, y que por supuesto no se pueden minimizar, como por ejemplo, las diferencias sobre el carácter de la revolución, la política de alianzas, la existencia o no de la burguesía nacional, etc. Todos estos son desacuerdos concretos que, sin embargo, no se deberían convertir en obstáculos insalvables para ciertos acuerdos que configuran una unidad táctica en el campo electoral. La realidad es, que por encima de estas diferencias, el factor que más obstaculizó la posibilidad de presentar un frente único fue la cuestión internacional, concretamente el conflicto chino-soviético, y la forma como éste se refleja en los dos principales partidos de la izquierda colombiana, el partido comunista, pro-soviético, y el MOIR de orientación pro-china.

A todo lo largo del debate preelectoral se observó claramente que ninguna de estas dos fuerzas deseaba ningún tipo de alianza. El P.C. tiene, sin duda, sus razones partidarias explicables: controla la confederación sindical más importante de la izquierda, la CSTC; el movimiento guerrillero más activo con cinco frentes de lucha, las F.A.R.C., y posee el partido más estructurado. Le falta, evidentemente, un apoyo social más extendido, pero su dirección cree que en esta particular coyuntura se le presenta la oportunidad de convertirse en la principal opción de oposición. En épocas anteriores, siempre existió un Gaitán, una ANAPO o un M.R.L. que captaron y canalizaron el descontento de las masas, pero nada de eso existe ahora. El P.C. cree, entonces, que ha llegado el momento en que puede consolidar su carácter hegemónico en el campo de la oposición, y quiere hacerlo solo, sin la molesta compañía de un aliado maoísta, que además, tiene la característica de ser la segunda fuerza política dentro de la izquierda colombiana.

Así es como la izquierda, la que participa en elecciones, se presenta dividida en tres bloques, que en orden de posibilidades electorales, serían los siguientes: la Unión Nacional de Oposición (UNO) que agrupa al P.C., a un sector de la ANAPO y al Movimiento de Izquierda Liberal (MIL), que lleva como candidato a la presidencia al abogado santandereano de extracción anapista, Julio César Pernía. El Frente por la Unidad del Pueblo (FUP), que reúne al MOIR, otro sector de la

ANAPO, al Movimiento Independiente Liberal, al Movimiento Nacional Democrático Popular (MNDP), los Comités Democráticos Populares Revolucionarios (CDPR) algunos otros grupos pro-chinos y que lleva como candidato a otro anapista. Jaime Piedrahita Cardona. El tercer frente lleva como candidata a la presidencia a la joven maestra Socorro Ramírez, secretaria de la Federación Colombiana de Educadores y militante del Partido Socialista de los Trabajadores. Este partido, la Unión Revolucionaria Socialista (URS), el grupo Ruptura y un sector de la Liga Comunista Revolucionaria (ICR), conforman la Unión Nacional Obrera y Socialista (UNIOS).

Para completar este complejo panorama de siglas falta nombrar a la ANAPO Socialista, quienes ante la imposibilidad de lograr una sola candidatura de izquierda, optó por presentarse sola a las elecciones de febrero y concentrar su campaña en el departamento de Santander. Este grupo y la coalición UNIOS, propone para después de las elecciones de febrero una convención nacional de la oposición, para que de ahí surja un candidato único de la izquierda. Es poco probable que la UNO y el FUP acojan favorablemente esta propuesta.

Lo cierto es que entre la gran masa de descontentos con el estado de cosas del país, todas estas peleas intestinas de la izquierda y el estado de dispersión que ofrecen, solo contribuyen al aumento de la apatía popular y pierden la oportunidad única de hacer una campaña de verdadera resonancia nacional. En concreto las elecciones se han convertido en una prueba de fuerza dentro de la izquierda, desdeñando la oportunidad de que sirvan para que crezca toda ella en su conjunto.

3.1.4. Los otros Movimientos

Finalmente, vamos a enumerar un par de movimientos, que por sus características no pueden ser englobados en los tres grandes grupos descritos más arriba. En primer lugar, tenemos lo que queda de la ANAPO acaudillada por María Eugenia Rojas de Moreno, la hija de Rojas Pinilla, quien, ante la debacle de sus lugartenientes, acaba de decretar la abstención electoral de su movimiento para las elecciones de febrero, y llama a un congreso extraordinario de la ANAPO, o mejor dicho de lo que queda de ese movimiento populista, para el 11 de marzo de este año. Este congreso tiene como fin "elegir el candidato que por encima de intereses partidarios, unifique la protesta y colme las aspiraciones nacionales". Todos los observadores coinciden en que ese candidato sería Belisario Betancur.

En el mes de septiembre próximo pasado, el general (R) Alvaro Valencia Tovar anunció su ingreso a la política activa como cabeza de un movimiento de

Renovación Nacional y su intención de postularse como candidato a la presidencia de la república. En el documento que lanza su candidatura, anuncia que el suyo es un movimiento que lucha "contra las maquinarias políticas largamente preparadas y ejercitadas en la función electoral", contra los gamonales, electoreros, contra el "gran fracaso de los políticos tradicionales" responsables de la "crisis moral" que atraviesa el país. El general Valencia presenta a su movimiento, no como un movimiento político, sino como una "cruzada moral", un "movimiento nacional" destinado a "devolver a Colombia su grandeza", para lo cual se requiere, en primer lugar, un líder que reúna sin distinción de clases ni partidos a todos los colombianos.

Esta candidatura, que en el momento de su lanzamiento suscitó cantidad grande de comentarios en toda la prensa, se ha ido opacando con el correr de los meses, pero debe ser tenida en cuenta, no por sus posibilidades electorales, que son nulas, sino por lo inquietante de sus planteos y por el hecho de provenir estas críticas de un general de la Nación, que ocupó la comandancia del ejército, y cuya influencia intelectual en el seno de las fuerzas armadas es muy grande.

4. CONCLUSIONES

La abstención electoral para los comicios del 26 de febrero se calcula en un 65 por ciento, lo cual arroja una votación total cercana a los 5 millones. La opinión más generalizada en los círculos políticos colombianos es que de ese 35 por ciento de electores efectivos, un 58% votaría por las listas liberales de Turbay, y de Lleras, un 32% por Belisario Betancur y un 10 por ciento por las listas de izquierda e independientes. Dentro del partido Liberal ese 58% escaso se repartiría de la siguiente manera, el 29 por ciento sería para Turbay, el 24% para Lleras y el 5% por ciento para Holmes. Si tenemos en cuenta que este candidato negociaría sus votos con Turbay, tenemos que el turbayismo alcanzaría a un 34% de la votación liberal para febrero. En este caso y de acuerdo con el Consenso de San Carlos, Turbay sería elegido candidato liberal a la presidencia de la República, en circunstancias en que su votación individual es inferior a la de Belisario.

El comportamiento de las fuerzas lleristas después de febrero es difícil de evaluar, pero se podría predecir que este caudal electoral se descompondría de la siguiente manera: la mitad aproximadamente apoyaría al candidato liberal único, un 20 por ciento sería abstencionista, un 25% iría para Belisario, y el 5 por ciento restante para la izquierda y la oposición.

Si estos presupuestos resultan correctos, para las elecciones presidenciales de junio quedarían enfrentados Turbay y Betancur como candidatos únicos de los dos partidos históricos.

Se puede estimar en base al comportamiento histórico del pueblo colombiano, que para las elecciones presidenciales la abstención se reducirá en un 7 u 8 por ciento, lo cual haría ascender la participación electoral a unos 6 millones de votos. El resultado más lógico y de acuerdo con la correlación de fuerzas actuales (enero de 1978), Turbay triunfaría con un 48 por ciento de los votos, el candidato conservador obtendría el 44 por ciento y la izquierda el 8 por ciento restante. Es decir, que Turbay obtendría una ventaja un poco mayor a los 200 mil votos sobre el candidato conservador. Este estrecho margen, que puede ser menor, agudiza la lucha y la división entre los dos partidos tradicionales y dentro de cada uno, inaugurándose en los meses posteriores a las elecciones de febrero un período de agrias disputas intestinas entre liberales y conservadores, entre los distintos sectores económicos, que se realinearán de acuerdo con los resultados de febrero, ensayando toda clase de alquimia electoral.

Si ningún imponderable entre mayo y junio altera esta línea de análisis, Turbay sería el próximo presidente de los colombianos. Evidentemente, para gobernar y controlar una situación tan fluida como la colombiana, al nuevo presidente no le va a bastar su maquinaria, ni su innegable habilidad política. Por un lado tendrá que enfrentar una feroz campaña conservadora centrada en los aspectos morales de su gestión y de críticas al origen de sus colaboradores, por el otro, estará debilitado desde el comienzo mismo de su gestión, pues una parte considerable de su propio partido no le responde ni le reconoce su liderazgo. Si a estos hechos sumamos que obtendrá una votación que, por más bien que le vaya, va a ser sensiblemente inferior al 56.2 por ciento logrado por López en las anteriores elecciones, lo que va a dar una imagen, que sabrá aprovechar la oposición, de falta de respaldo nacional a su política.

Todos estos factores, sumados a los ya enumerados a lo largo de este trabajo, nos llevan a preguntarnos qué puede pasar en Colombia en los próximos dos años. Como signo preocupante debemos anotar que el poder y la injerencia militar en la vida política aumenta día a día, y que la crisis de legitimidad por la que atraviesan los partidos tradicionales, están llevando a las distintas fracciones de la burguesía colombiana a buscar nuevas formas de organización estatal, nuevas para Colombia, por lo menos en estas dos últimas décadas, pero no inéditas dentro del contexto latinoamericano.

Referencias

- *Anónimo, REVISTA ALTERNATIVA. 145 - 1977; Del Frente Nacional al Frente Nacional...
- *Pizarro, E., REVISTA ALTERNATIVA. 145 - 1977; Aspectos cuantitativos del movimiento sindical colombiano.
- *Bleier, Unger; Gómez de Martínez, ASPECTOS DE LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE 1974. ESTRATEGIA Y RESULTADOS. p63 - Bogotá, ANIF. 1977;
- *Tenjo, Jaime, CUADERNOS COLOMBIANOS. 5, 11 - 1975;
- *Pecaut, D., POLITICA Y SINDICALISMO EN COLOMBIA. - Bogotá, Ed. La Carreta. 1973;